

1. Con la incorporación de Grecia al imperio romano, en un largo proceso que culmina en tiempos de Augusto, se establecen las bases políticas y sociales que acelerarían el encuentro, mucho antes iniciado, del helenismo con el mundo romano.

2. Si se ha insistido con frecuencia, y a veces en exceso, en la profunda influencia de lo griego en la cultura y la literatura romanas, no siempre, por el contrario, se ha destacado la importancia del contexto social y político del Imperio Romano en el desarrollo de la literatura griega contemporánea de la latina. Es por ello precisamente que resulta pertinente distinguir en la historia de la literatura griega un período «imperial» propiamente dicho, distinto del denominado período «helenístico» o, con más rigor, «alejandrino».

Tras la integración de Grecia en el Imperio no nos es posible entender en sus justos términos las manifestaciones culturales helénicas, y especialmente la literatura, al margen del mundo romano. Si la llamada «segunda sofística», por una parte, tiene reflejos importantes en la literatura escrita en latín, los historiadores que escriben en griego, por otro lado, se ocupan de la Historia de Roma, mientras la retórica, en fin, determina el ámbito de ambas literaturas. Podemos decir con propiedad, siguiendo al profesor J. Alvar,¹ que en la época imperial nos encontramos con dos literaturas con una única temática, pero escritas en lenguas distintas. Precisamente, de la proximidad de ambas literaturas da buena fe la similitud temática de dos misceláneas datables en los siglos II y III, *Las noches Aténicas* de Aulo Gelio y *Deipnosophistai* de Atenodoro.² respectivamente, sendas obras enciclopédicas, el primero en veintinueve libros, en treinta, ya sea en quince.³

JORGE L. SANCHIS LLOPIS
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

*Erudición, tradición y creación literaria
en Ateneo de Náucratis*

«ESTUDIS CASTELLONENCs»
Nº 6 1994-1995, pp. 1303-1314

Ambos comparten el mismo afán erudito: *Noctes Atticae* es una obra imprescindible, por la abundancia de citas, para conocer la literatura romana de la época de la República, mientras *Deipnosophistai* proporciona al historiador de la literatura griega un valiosísimo material de las épocas arcaica, clásica e incluso helenística.

A la segunda de estas obras y a su autor, Ateneo de Náucratis, fiel representante del quehacer literario y el ambiente cultural de su época, y consagrado a una obra que pretendía sintetizar erudición y creación literaria, dedicaremos las páginas que siguen.

2. Nuestro gramático debió publicar *Deipnosophistai* o *La cena de los eruditos* hacia finales del siglo II o principios del III³. Su lugar de origen, Náucratis, una ciudad, al parecer privilegiada,⁴ del Bajo Egipto, fundada por los milesios⁵; así como su oficio de *grammatikós*, según la Suda, sitúan a nuestro autor en un contexto bien significativo. Ateneo es, pues, un africano, súbdito del imperio romano, que escribe en griego.

De Náucratis sabemos que los romanos habían respetado su constitución griega y que había sido durante varios siglos puerto comercial griego y centro de las relaciones culturales entre Grecia y Egipto.

Siria y Egipto ocupaban un lugar destacado, tanto en lo económico como en lo cultural, en el conjunto del imperio. De la primera procedía uno de los autores más creativos de la literatura imperial, Luciano, a quien, como veremos más adelante, había tenido en cuenta nuestro autor al elaborar su obra. Por otra parte, los tres primeros siglos de nuestra era supieron de un gran florecimiento de la cultura greco-latina en Egipto, como lo demuestran los papiros encontrados de esta época, reflejo de un alto nivel de formación literaria y afición por la lectura.

En otro orden de cosas, los emperadores de Roma ocuparon el lugar ocupado otrora por las cortes helenísticas en su apoyo a los eruditos y poetas de lengua griega. Ateneo menciona a Adriano y Marco Aurelio, de quienes elogia su buen hacer político y su destacada afición a las letras.⁶ Es más, en nuestro gramático se observa un reconocimiento de los logros culturales de Roma, así como de la importancia de la lengua latina.⁷

En el epítome del libro I de *Deipnosophistai* leemos la presentación de los personajes que participan en el banquete que el autor cuenta a Timócrates, y que sirve de contexto escénico al conjunto de la obra. Se detiene especialmente en Larenio, el anfitrión, en realidad P. Livio Larense, *pontifex minor*,⁸ destinado ὑπὸ τοῦ ἀρίστου βασιλέως Μάρκου, para ocuparse tanto de las ceremonias religiosas de Roma como de Grecia. De él elogia su excelencia en el conocimiento por igual de las lenguas latina y griega, así como su afición a los libros.⁹ Hay, pues, aquí no sólo un recuerdo elogioso del emperador, sino también de la labor protectora para con la cultura que desempeñaron los altos funcionarios que Roma destinaba en Grecia.

3. En el conjunto de la literatura griega de época imperial merecen especial atención los siglos II y III.¹⁰ Esta época se caracteriza por dos hechos mutuamente relacionados: la influencia determinante de la retórica y el tono erudito, por una parte, y la hegemonía de la prosa y su vinculación a la cultura del libro, por otra.

La literatura griega de época romana se refugia en el libro y en la escuela. En efecto, la oratoria, que desde hacía mucho había perdido el contexto que le era propio en el mundo griego, encuentra en la escuela su santuario, invadiendo la retórica todos los ámbitos de la educación.¹¹ Al mismo tiempo, la

3 El tono claramente irónico que utiliza al referirse a Cómodo (XII 537 f) hace suponer que Ateneo publicara su obra después de la muerte de este emperador, acaecida el año 192.

4 De la riqueza de esta ciudad nos habla el mismo Ateneo (IV 149 d-150 b, XV 671 e y 675 f- 676 c). Sabemos igualmente que de Náucratis procedían otros filósofos y eruditos.

5 Cf. Heródoto II 178 y Estrabón XVII 1.18.

6 Cf. I 2 c, III 115 b, VIII 361 f, XIII 574 f. Véase, sin embargo, la nota 3.

7 B. Baldwin, «Athenaeus and his work», *Acta Classica* XIX (1976), pp. 21-42.

8 Véase *C.I.L.* VI 2126.

9 Cf. I 2 c.

10 La literatura de esta época fue objeto de una valoración mucho más positiva que la existente hasta entonces en la obra de B. P. Reardon de obligada consulta *Courants littéraires grecs des II et III siècles après J. C.*, París, 1971.

11 D. L. Clark, *Rhetoric in Greco-Roman Education*, Nueva York, 1957.

paz y la seguridad internas que vivían las ciudades griegas en estos siglos constituían un campo propicio para la vida intelectual y las ocasiones para determinado tipo de oratoria, al tiempo que las escuelas de retórica dejaban atrás la función pedagógica de los filósofos.¹²

Reardon¹³ distingue tres formas distintas de estar presente la retórica en la vida cultural y literaria de los siglos II y III. En primer lugar, la «retórica pura», es decir, la actividad de los conferenciantes itinerantes, herederos tardíos de los oradores áticos, especialmente de Isócrates; entre ellos están Herodes Ático, Polemón y Elio Arístides.¹⁴ Dentro de la «creación retórica» incluye Reardon las obras de Luciano, Alcifrón y Filóstrato. Finalmente, la «retórica aplicada» la practican filósofos, historiadores, eruditos, compiladores e, incluso, poetas; anticuarios como Pausanias y Diógenes Laercio, historiadores como Arriano, Apiano, Dion Casio y Herodiano, y filósofos como Favorino, aplican fielmente los procedimientos y recursos estilísticos aprendidos en las escuelas.

En efecto, la escuela romana contribuye de forma definitiva al tono erudito de la literatura de la época. Con la expresión «complejo de cultura» H.-I. Marrou¹⁵ denomina el talante espiritual de esta época, en la que los poetas exhiben un tono con frecuencia pedante y eligen como temas para su erudición gramatical el relato mítico, los datos geográficos o las ciencias. La preferencia por la curiosidad erudita, antes que el valor estético de la obra literaria, desarrollada ya en las escuelas helenísticas, se consuma ahora en las escuelas romanas.

Aunque Ateneo es incluido por Reardon en el grupo de los autores que se limitan a aplicar lo aprendido en la escuela para disponer los datos de su erudición, en *Deipnosophistai* confluyen en mucha menor medida retórica y erudición. El de Náucratis es un verdadero erudito que, de forma distinta a sus contemporáneos, no parece aplicar, en la acumulación de hechos y citas, en la exposición del detalle más pequeño, la preceptiva de la escuela. Con todo, como más adelante intentaremos demostrar, su obra es algo más que una mera acumulación de datos.

4. Otro de los hechos característicos de la literatura griega de época imperial, y en concreto de los siglos II y III es, como ya se ha dicho, la hegemonía de la prosa y el definitivo desarrollo de la cultura del libro. Ambos hechos son inseparables del carácter erudito y la fuerte influencia de la retórica sobre la creación literaria.

En efecto, el desarrollo de la prosa en la historia de la literatura griega va de la mano del paso progresivo a una literatura de carácter escrito, que ha perdido definitivamente los condicionamientos externos y formales de la oralidad. Literatura, pues, escrita y destinada a la lectura. Precisamente en la época imperial se consuma para la Antigüedad lo que podríamos denominar la «cultura del libro».

A su vez, el desarrollo del *status* de lector, receptor de la obra literaria, se ve favorecido a lo largo de la época alejandrina e imperial por dos factores que hacen posible una obra de las características de la de Ateneo: por una parte, el auge de las bibliotecas, tanto privadas como públicas, y, por otra, el desarrollo del comercio del libro.

La fundación de nuevas bibliotecas no sólo benefició a Roma, o en su caso a la vieja Atenas. En época imperial, y gracias sobre todo a las donaciones de ciudadanos particulares, se crearon bibliotecas en Italia, en la Galia y en Africa. Trajano fundó la Biblioteca Ulpia, que todavía en el siglo V se mantenía en pie. En ellas los ejemplares en griego y en latín estaban clasificados en lugares distintos. Se trataba, en fin, de centros culturales a los que se acudía no sólo para consultar libros, sino también para participar en discusiones científicas y literarias.¹⁶ Aulo Gelio, cuyo paralelismo literario con nuestro autor ha sido más arriba mencionado, nos informa que en aquellas bibliotecas se podían efectuar valiosos hallazgos, de manera que él mismo había encontrado en Roma una obra rara de Elio Estilón, en

12 G. Kennedy, *The Art of Rhetoric in the Roman World (300 B.C.-A.D. 300)*, Princeton, 1972. Véase igualmente M. Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Roman Empire*, Oxford, 1926 (trad. cast. Madrid, 1962).

13 *Op. cit.*, pp. 26 ss.

14 G. W. Bowersock, *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford, 1969.

15 *Historia de la educación en la antigüedad*, trad. cast. Madrid, 1955, p. 344.

16 Cf. P. Fedeli, «Biblioteche private e pubbliche a Roma nel mondo romano», en G. Cavallo (ed.), *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, Roma-Bari, 1988, pp. 29-64.

Patras otra valiosa de Livio Andrónico y en Tibur un manuscrito de Claudio Cuadrigario, historiador de la época de Sila.¹⁷

Como es sabido, la historia de las bibliotecas antiguas es la de una cadena de fundaciones, catástrofes y refundaciones. Es el caso de la famosa biblioteca de Alejandría, de cuya amplísima colección de libros debió servirse Ateneo para la elaboración de su obra. En efecto, no es exacta la noticia de Plutarco,¹⁸ según la cual la biblioteca del Museo fue reducida a cenizas por Julio César en la guerra alejandrina (48-47 a. C.). Quizá se trató tan sólo del incendio de un almacén de libros, que quedó magnificado posteriormente.¹⁹ En cualquier caso, en fecha ulterior a la indicada por Plutarco, el geógrafo Estrabón debió visitar el Museo de Alejandría, que describe en su obra.²⁰ La destrucción tendría lugar mucho después, durante el conflicto mantenido por el emperador Aureliano con Zenobia de Palmira (270-275 d. C.).²¹

De *Deipnosophistai* se desprende un cercano conocimiento por parte de su autor de la vida de Alejandría, ciudad en la que debió residir, al menos durante una larga temporada.²² Pues bien, a propósito de la biblioteca, Ateneo recoge en el libro I unos ingeniosos versos de Timón de Fliunte, el poeta satírico del siglo III a. C., en los que se llama al Museo de Alejandría, del que formaba parte la biblioteca, «jaula de pájaros» (τάλαρος), porque a costa de ella viven los filósofos.²³ El fragmento, a pesar de proceder de un poeta de época alejandrina, es traído a colación para describir el ambiente cultural que se respiraba en la Alejandría de la época de nuestro autor.²⁴

Junto a la multiplicación de bibliotecas públicas, en época imperial se generaliza entre los nobles romanos la costumbre de crearse una biblioteca particular en la propia casa. También sobre la afición a coleccionar libros nos informa el propio Ateneo,²⁵ quien nos dice que, ya en torno al 100 a. C., el gramático Artemón de Casandrea había escrito una obra con instrucciones para coleccionar libros y hacer un uso adecuado de ellos. Por otra parte, en el pasaje ya mencionado de la descripción de las cualidades culturales del anfitrión Larense, al comienzo de la obra,²⁶ se nos dice de él que en la posesión de libros griegos antiguos superaba a todos de cuantos eran celebrados por sus bien surtidas bibliotecas.

Sabemos igualmente que un siglo después, en época de Séneca, el hijo del rétor, coleccionar libros se había convertido en una forma de ostentación con frecuencia extravagante.²⁷ Según la Suda, en época de Ateneo un tal Damofilo de Bitinia escribió un tratado con el bien significativo título de Φιλόβιβλος. Luciano, poco antes del de Náucratis, escribe *Contra un ignorante que compraba muchos libros*, un divertido opúsculo en el que se ríe de un individuo que, según su detractor, compra libros que nunca lee, o de los que no puede sacar utilidad alguna, simplemente por hacer exhibición de su fortuna.

Tales colecciones de libros eran posibles gracias al desarrollo del comercio del libro, que había permitido que las obras de las literaturas griega y latina pudieran ser adquiridas en librerías de todo el imperio.

De nuevo *Las noches áticas* constituyen una fuente de notable interés para conocer, esta vez, el comercio del libro antiguo durante el siglo II.²⁸ Otras noticias antiguas testimonian claramente que el comercio del libro había comenzado a asumir una importancia progresivamente mayor ya durante el

17 Cf. XVI 8.2, XVIII 9.5 y IX 14.3 respectivamente. Véase L. D. Reynolds y Nigel G. Wilson, *Copistas y filólogos*, trad. cast., Madrid, 1986, p. 48.

18 Cf. *Vida de César*, 49.

19 Cf. Dión Casio XLII 38.

20 Cf. XVII 1.8.

21 L. Canfora, «La biblioteche ellenistiche» en *Le biblioteche nel mondo antico e medievale*, Roma-Bari, 1988, p. 23. De Canfora es igualmente una reciente monografía sobre la biblioteca de Alejandría titulada *La biblioteca scomparsa* (Palermo, 1986).

22 Entre las numerosas noticias que nos aporta sobre esta ciudad, dedica, por ejemplo, una larga sección (V 195 a-203 e) a las celebraciones que tenían lugar en ella.

23 Cf. 22 d.

24 Ateneo (VIII 336 e) hace mención también de los catálogos o registros (ἀναγραφαί) de obras literarias existentes en Pérgamo.

25 Cf. XII 515 e y XV 694 a.

26 Cf. I 3 a.

27 L. D. Reynolds y Nigel G. Wilson, *Op. cit.*, p. 42.

28 Cf. V 4.1 y XVIII 5.11.

siglo primero. Bibliófilos y eruditos encontraban publicaciones, nuevas o de anticuario, en buen número de librerías de Roma, que se convertían al mismo tiempo en sedes de discusiones de carácter literario y científico.

En este próspero comercio del libro también Alejandría continúa siendo el centro más importante, privilegio que sólo paulatinamente cederá a la capital del imperio.²⁹ Así pues, en las bibliotecas y librerías de aquella ciudad, que se resistía a entregar el relevo cultural a Roma, encontró Ateneo las fuentes necesarias para las numerosísimas citas y noticias que recoge en su obra y dan buena muestra de su afán erudito.³⁰

5. *Deipnosophistai* no es, empero, un mero amasijo de materiales antiguos que su autor ha dispuesto con más o menos fortuna literaria. El de Náucratis ha elegido una forma bien conocida de la literatura griega, el banquete.³¹

En la elección del género simposial se evidencian dos características que el de Náucratis comparte con los ambientes literarios y culturales de su época, el tono erudito y la permanente mirada al pasado, cuyos modelos se reconocían ya como insuperables.

De esta adscripción a una larga tradición literaria el gramático es explícitamente consciente en toda su obra. El autor del epítome afirma que Ateneo, siguiendo el modelo de Platón, da forma dramática (*δραματουργεῖ*) a su obra.³²

Al comienzo del libro V describe los banquetes en Homero y hace comentarios de las obras simposiales de Platón, Jenofonte y Epicuro. Homero, según el de Náucratis,³³ distingue en sus *συμπόσια* tres elementos, tiempos, personas y ocasiones, que serán respetados por Platón y Jenofonte.

La referencia a Homero, como modelo insuperable y precedente de cualquier forma literaria según la preceptiva antigua, era obligada en un erudito como Ateneo. Sin embargo, ocioso es recordar que es en *El Banquete* de Platón donde queda establecido el modelo de obra simposial, cuyos motivos se remontan, en buena parte, a la lírica de poetas como Teognis y Alceo, y en el que, como se ha dicho, se inspirará nuestro autor. Con el diálogo de Platón quedan consagrados como temas simposiales la especulación filosófica, las cuestiones literarias y los numerosos aspectos relacionados con Eros. Jenofonte escribía por entonces otro *Banquete*, entre cuyos participantes destaca también Sócrates, con una ambientación más real y un tono más improvisado y realista que el platónico.³⁴

Mucho más cerca de nuestro autor, Plutarco (s.I-II d. C.) escribe dos obras de temática simposial, *El banquete de los Siete Sabios* y *Quaestiones convivales*. La primera de ellas nos recuerda, sin duda, el modelo platónico: el autor, oculto bajo el pseudónimo de Diocles, cuenta a un tal Nicarco el banquete que había organizado Periandro, tirano de la ciudad de Corinto, en el que participaron un total de dieciséis invitados.³⁵ De ellos, y a imitación del modelo platónico, un personaje como Esopo sirve de contrapunto al tono elevado exhibido por los Siete Sabios, y es aprovechado para crear ciertos momentos de comicidad. A diferencia, sin embargo, del diálogo de Platón, un tema central, el dominio del espíritu sobre la materia y del alma sobre el cuerpo, según Defradas,³⁶ es interrumpido por buen número de digresiones, que responden bien al talante erudito de la literatura de la época, que Plutarco comparte con Ateneo.

29 T. Kleberg, «Commercio librario ed editoria nel mondo antico», en G. Cavallo (ed.), *Libri, editori e pubblico nel mondo antico. Guida storica e critica*, Roma-Bari, 1977, pp. 40-80.

30 Con respecto al tema de las fuentes, véase la valiosísima introducción de G. Kaibel a su edición de Ateneo (Bibl. Teubneriana, Berlín, 1887-1890) y F. Rudolph, «Die Quellen und die Schriftstellerei des Athenaios», *Philologus suppl.* VI (1891), pp. 109-162.

31 Sobre la evolución del *συμπόσιον* en la literatura griega son de cita obligada dos monografías: F. Ulrich, *Entstehung und Entwicklung der Literaturgattung des Symposions*, 2 vv., Würzburgo, 1908-9, y, sobre todo, J. Martin, *Symposion. Die Geschichte einer literarische Form* (Stud. zur Gesch. und Kult. des Altertums XVII), Paderborn, 1931.

32 Cf. I 1 f.

33 Cf. 186 d.

34 Motivo de discusión es la cronología relativa de ambas obras simposiales (Cf. M. Dolores Gallardo, «Estado actual de los estudios sobre los simposios de Platón, Jenofonte y Plutarco», *Cuadernos de Filología Clásica* III (1972), pp. 127-192).

35 Véase D. E. Aune, «Septem sapientium convivium», en H. D. Betz (ed.), *Plutarchs Theological Writings and Early Christian Literature*, Leiden, 1972, pp. 51-60 y J. Defradas, *Plutarque. Le Banquet des Sept Sages*, París, 1954, pp. 7-35.

36 *Op. cit.* p. 12.

Mera erudición y temática variadísima caracterizan todavía en mayor medida las *Quaestiones convivales* de Plutarco. La influencia, tanto formal como de contenidos, de Platón se reconoce en cada momento.³⁷ Como en *El Banquete* de su maestro, se da, por ejemplo, una gradación en la exposición de cada uno de los comensales, reservándose para Plutarco el privilegio de intervenir en último lugar, a la manera de Sócrates.

Sabemos que entre Platón y Jenofonte, por una parte, y Plutarco, por otra, el banquete siguió vivo como género literario. No es este el lugar para recordar la historia de esta forma literaria, ampliamente cultivada, aunque adaptada a distintos fines, en la literatura griega.³⁸ Sin embargo, nos interesa subrayar aquí en qué medida el autor de *Deipnosophistai* es buen conocedor de esta larga tradición, que pudo seguir gracias al acceso a un buen número de obras, catálogos y compendios.

En efecto, la obra que nos ocupa constituye la mejor fuente de que disponemos para conocer la historia de la literatura simposial. En la sección sobre guirnaldas en el libro XV,³⁹ Ateneo cita un pasaje de una obra de Aristóteles titulada *Συμπόσιον*.⁴⁰ En otro lugar recoge una noticia de Calímaco de Cirene, según la cual Querefonte (finales del siglo IV a. C.) dedicó un *δειπνον* a un parásito. Por otra parte, de la vigencia y popularidad del género simposial y de los banquetes mismos en el siglo IV a. C. dan buena muestra las numerosísimas referencias en la comedia de esta época, que nos es conocida en tres cuartas partes por los fragmentos transmitidos por nuestro gramático.

La obra simposial de Epicuro, según leemos en *Deipnosophistai*,⁴¹ mostraba un cierto alejamiento de los modelos de Platón y Jenofonte, al no indicarse ni el tiempo ni el lugar del banquete y carecer de prólogo. Por otra parte, Aristóxeno de Tarento, discípulo de Aristóteles, muy citado por nuestro autor como músico, escribió unos *Σύμμικτα Συμποτικά*,⁴² donde abordaba cuestiones relacionadas con su oficio.

El mismo Ateneo, sin interferencia de ninguno de los personajes que participan en la cena, informa a su interlocutor, Timócrates, del contenido de unas *δειπνικαὶ ἐπιστολαὶ* de Hipólito de Macedonia y el samio Linceo, discípulo de Teofrasto, en las que se narraba lo sucedido en distintos banquetes.

Entre los cínicos leemos noticias de sendas obras simposiales de Menipo y Meleagro de Gádara.⁴³ Al estoico Perseo de Citio, también del siglo III a. C., atribuye Ateneo unos *συμποτικοὶ λόγοι* y *Συμποτικὰ Ὑπομνήματα*.⁴⁴ En la segunda ocasión que lo menciona,⁴⁵ Mírtilo, el personaje responsable en *Deipnosophistai* de los más duros ataques contra los filósofos, cuenta una anécdota, procedente de Perseo, sobre el comportamiento indecoroso de los filósofos en un banquete, una vez han sido vencidos por el vino. La anécdota nos recuerda el pasaje del *Protágoras* de Platón, en el que se establece una diferencia tajante entre, por una parte, un tipo de banquetes donde se prodigan actitudes vulgares e indecorosas, en el sentido que apunta el personaje de Ateneo, y, por otra, las reuniones de filósofos, en las que no se pierde nunca la compostura «aún en el caso de que beban mucho vino».⁴⁶

En el siglo I a. C., el médico Heraclides de Tarento, varias veces citado por Ateneo,⁴⁷ es un buen ejemplo de la diversidad de temas tratados ya en las obras simposiales de época helenística; su figura nos recuerda, por lo demás, al personaje de Erixímaco en el *Banquete* de Platón.

37 Véase F. Martín García, «Las Cuestiones Convivales de Plutarco: Estructura, Fuentes y Finalidad de la obra», *Revista del Colegio Universitario de Ciudad Real*, 2 (1983), 109-134.

38 Una buena síntesis puede leerse en la *Real-Encyclopädie Pauly-Wissowa*, s.v. «Symposion-Literatur», v. IV A.2, cc. 1273-1282.

39 Cf. 674 f y 675 a.

40 Nos dice también que, al igual que Jenócrates de la Academia, escribió unos *συμποτικοὶ νόμοι* (V 186b).

41 V 186 e.

42 Cf. XIV 632 a. Véase también I 19 f, 22 b, 47 a; IV 174 c, 182 f, 184 d-e.

43 Cf. XIV 629 f y XI 502 c respectivamente.

44 Cf. IV 162 e.

45 Cf. XIII 607 a-b y e-f.

46 *Protágoras* 347 C- 348 A. Que semejantes consideraciones constituyan un lugar común en la literatura simposial, parece demostrarlo su repetida aparición en las *Quaestiones convivales* de Plutarco (por ejemplo, en 622 E, 645 A, 652 F, 715 D).

47 Cf. II 53 c, 64 a y e, 67 d; III 74 b, 79 e y f, 120 b-d.

De esta misma época es el gramático Dídimos de Alejandría, mencionado en numerosas ocasiones en relación a temas muy distintos. A propósito de la cita más larga,⁴⁸ relativa a una noticia sobre costumbres espartanas, es llamado por el de Náucratis βιβλιολόγος, debido al gran número de tratados de que fue autor.

Ateneo debió tener en cuenta también *El banquete* o *Los Lápitias*. Su autor, Luciano de Samosata, sigue conscientemente el modelo platónico, de manera que personajes y lugares comunes pertenecen, sin duda, a la tradición simposial. Tras una breve introducción, a la manera platónica, Licino, forma helenizada de Luciano, cuenta a Filón el banquete nupcial celebrado en casa de Aristóneto. Gramáticos, retóricos y, sobre todo, filósofos, son presentados al comienzo de la narración. El ἄκλητος, personaje no invitado, es en esta ocasión el filósofo cínico Alcídamos, que desde muy pronto da muestras de ebriedad y acaba enfrascándose en una pelea con el cómico Satirión.⁴⁹ El conjunto de los invitados se emborrachará, se dormirá, dará grandes voces o se introducirá en acaloradas discusiones y ataques personales, como si de una réplica de los buenos modales recomendada por Plutarco se tratara, e incluso de la seriedad del *Banquete* de Platón, a quien un tal Ión menciona para tratar de poner orden entre los convidados.⁵⁰ Las circunstancias cómicas se suceden en un opúsculo donde, a diferencia de las obras simposiales de Plutarco y Ateneo, una clara finalidad satírica desplaza toda posible erudición. Precisamente Luciano arremete, de manera explícita,⁵¹ en su *Banquete* contra intelectuales hipócritas y engreídos, frente a la sabiduría de la gente vulgar, alejada de todo contacto con los libros. El de Samosata parece replicar a las palabras de Platón en el pasaje del *Protágoras* más arriba mencionado.⁵²

6. Frente al modelo platónico, y de manera semejante a como ya había hecho Plutarco en sus *Questiones convivales*,⁵³ Ateneo reúne las dos fases de una misma totalidad, el δείπνον y el συμπόσιον. Nuestro autor no se ocupa tan sólo de las discusiones filosóficas, las referencias literarias, las noticias antiguas, los juegos, los bailes y, en fin, todo lo que tiene que ver con el momento en el que los participantes en la cena, una vez retirados los restos de las viandas, se dedican a beber (πότος), charlar, ver y oír. Por el contrario, podemos leer igualmente un catálogo de los más suculentos y variados platos, con referencias a carnes rojas y blancas y a numerosos tipos de pescado, y un elenco de los más famosos vinos.

Los testimonios y noticias conservadas nos permiten concluir que, en muchos casos, los συμπόσια eran obras de entretenimiento, donde se abordaban temas relacionados con la bebida, la comida y el sexo. Ateneo recoge un pasaje de *Sobre los acertijos* del peripatético Clearco de Solos, en el que se dice que los amantes de esta época proponen como cuestiones a resolver cuál es la forma más placentera de hacer el amor o qué tipos de pescados son los más apetitosos, de manera bien distinta al comportamiento de «los antiguos».⁵⁴ Matrón de Pítane parodió un opulento δείπνον Ἀττικόν, del que el de Náucratis nos transmite un fragmento.⁵⁵ Sabemos también por nuestro autor que un tal Timaquidas de Rodas escribió un δείπνον en once o más libros, escrito en versos épicos,⁵⁶ y en las citas que recoge de esta obra se explican nombres de frutas, flores y pescados.⁵⁷

El autor de *Deipnosophistai* se hace eco no sólo de los distintos συμπόσια y δείπνα que le precedieron, sino también de la larga tradición de literatura gastronómica, que se remota en Atenas al siglo V a. C.

Se cita la Γαστρονομία de Arquestrato de Siracusa (o tal vez de Gela).⁵⁸ Artemidoro hizo un catálogo de términos culinarios,⁵⁹ y Filóxeno de Léucade es autor de un Δείπνον que en realidad

48 Cf. IV 139 c- 141 f.

49 Cf. 16 y 19.

50 Cf. 37 y 39.

51 Cf. 34 y 35.

52 Vid. n. 45. Por otra parte, Luciano ridiculiza en *Lexifanes* el Banquete de Platón.

53 Luciano, por el contrario, en el opúsculo comentado, no hace en realidad alusión al *symposion*, sino al *deipnon*, es decir, el momento de la comida.

54 Cf. X 457 c- 458 a.

55 Cf. IV 134 d. Véase también la noticia sobre Arquésilao (X 420 c- e).

56 Cf. I 5 a.

57 Cf. III 82 d, VII 283 c, XV 682 c y 684 f.

58 Cf. I 4e. Obra en verso épico, conocida en la antigüedad también con otros nombres.

59 Cf. IX 387 d.

parece haber sido un libro de cocina.⁶⁰ En otro lugar, se alude al pasaje del *Gorgias* de Platón, en el que se menciona a un tal Miteco como autor de un tratado de cocina siciliana,⁶¹ y más adelante a una obra sobre la fabricación del pan de Crisipo de Tiana.⁶² En el libro XII,⁶³ en fin, nos proporciona Ateneo un listado de autores de Ὀψαρτυτικά, o libros de cocina, en el que se dan los nombres de Glauco el locrio, Miteco y Dionisio de Siracusa, Agis, Epéneto, otro Dionisio, Hegesipo, Erasístrato, Eutidemo, Critón, Estéfano, Arquitas, Acestio, Acesias, Diocles y Filistión.

No faltan tampoco referencias a utensilios de cocina, tipos de copas y, en general, al arte de la cocina, que sería prolijo citar aquí. A este afán erudito de nuestro autor, en relación también a los temas culinarios, como parte integrante del δειπνον, responden, en fin, los numerosos fragmentos de la llamada Comedia Nueva y, sobre todo, de la Comedia Media que tratan de temas culinarios, de cocineros y parásitos, como elementos indispensables de todo banquete.

7. Creemos haber dado cuenta, de manera suficientemente minuciosa, con las limitaciones de estas breves páginas, de en qué medida Ateneo se hizo eco explícitamente de la larga tradición simposial al escribir su obra.

Pero *Deipnosophistai* no es una mera recopilación de datos sobre los muchos συμπόσια que su autor pudo leer con un afán de erudición, que puede llegar a resultar fastidiosa para un lector moderno. También en la estructuración y disposición de los materiales, así como en el establecimiento del contexto dialógico con el que da unidad a su obra, sigue fiel nuestro autor a idéntica tradición literaria.

En efecto, el de Náucratis, inspirándose en el modelo platónico y siguiendo a Plutarco y Luciano, se ha servido del procedimiento diegemático de presentar el diálogo. La conversación que mantiene el autor con un tal Timócrates sirve de marco y da unidad al conjunto de la obra. El contenido de ésta consistirá propiamente en la narración por parte de Ateneo de lo sucedido en el banquete que Larense, el funcionario romano, ofreciera en su casa. Pues bien, en la conversación marco mantenida entre Ateneo y Timócrates nuestro autor sigue el modelo del *Fedón*, en el momento en que el personaje que da título al diálogo de Platón conversa con Equécrates con la misma finalidad de establecer un marco dramático.⁶⁴

En origen,⁶⁵ cada libro debía ser introducido con un corto diálogo entre narrador y Timócrates, con el fin de dar a conocer el tema del debate a tratar, y quizá concluía con una conversación de cierre que anticipaba la materia del libro siguiente. Así sucede en el comienzo del libro IV,⁶⁶ donde el autor cuenta a su amigo el banquete nupcial de Carano, según la ya mencionada «carta simposial» de Hipólito, que nada tiene que ver con la cena de los sofistas de la narración. Al final del libro IX el narrador anuncia que va a hablar de la proverbial glotonería de Heracles, con la que se inicia el catálogo de los ἀδηφάγοι en el libro X.⁶⁷ Al final de ese mismo libro,⁶⁸ y una vez terminada la parte en la que los participantes en la cena conversaron sobre γρίφοι, Ateneo anuncia para el día siguiente que seguirá la narración con el tema de los ἐκπώματα.⁶⁹

Discursos extensos y eruditos ocupan en *Deipnosophistai* una porción muy importante, a la manera de los largos discursos que Platón ponía en boca de Sócrates en el *Fedón*, *Fedro* o *Gorgias*. Es difícil, sin duda, sustraerse a la sospecha de que nuestro autor tuvo en buena medida estos diálogos como modelos.⁷⁰

Otro aspecto en el que se sigue el modelo platónico consiste en la selección de los comensales. Sin embargo, el gramático ha reunido tanto a personajes reales como ficticios, y respecto a los primeros

60 Cf. I 5b.

61 Cf. Pl. *Gorgias* 518 b, en Ateneo III 112 d.

62 Cf. III 113 a.

63 Cf. 516 c.

64 Véase Ateneo I 2 a y Pl. *Phaed.* 57 A. Cf. también Pl. *Symp.* 214 B.

65 Véase nota 2.

66 Cf. 128 a - 130 e.

67 Cf. 411 a.

68 Cf. 459 b.

69 Véase K. Mengis, *Die schriftstellerische Technik im Sophistenmahl des Athenaios*, Paderborn, 1920, pp. 49-51.

70 Así lo vio ya Kaibel, en la edición citada, p. XXIV.

no ha tenido inconveniente en caer en clarísimos anacronismos. Entre los personajes «serios» destaca, además del anfitrión, Ulpiano de Tiro, que desempeña la función de simposiarca; un sofista, defensor del purismo aticista, cuya identificación con el jurista consulto de la época de Alejandro Severo muerto el 228 es dudosa.⁷¹ Aficionado a las disputas, tiene su contrapeso en Cinulco, portavoz de los cínicos y enemigo de toda erudición, que, en su función más o menos cómica, nos recuerda el Aristófanes del *Banquete* de Platón, o el Esopo del *Banquete de los siete sabios* de Plutarco.

Al presentarnos a filósofos y gramáticos engarzados en continuas disputas, Ateneo reproduce muy bien la polémica cultural de la época, en la que las viejas ideas filosóficas se ven contrastadas con el auge y la invasión sin límites de la retórica y la erudición. Mírtilo representa en el banquete el enemigo más declarado de los filósofos, y en el pasaje ya mencionado⁷² resulta parangonable con el Licinio, es decir el propio autor, de la obra simposial del de Samosata. Al final del libro XIII, después de haber hecho alarde de una notabilísima erudición, es atacado por Cinulco, a lo que responde Mírtilo acusando a los filósofos de *μισοφιλόλογοι*.⁷³

Otros personajes, de un total de veintidós, además del narrador y el interlocutor, son los médicos Dafno de Efeso, Rufino de Nicea y Galeno de Pérgamo. Recordemos como ya Platón había hecho sentar en su *Banquete* al médico Erixímaco, estableciendo así otro precedente, en este caso sobre la pluralidad de oficios y saberes de los participantes en el *συμπόσιον*. Sin embargo, nuestro autor muestra menos respeto por la cronología, ya que Galeno de Pérgamo había muerto cuando el de Náucratis no debía ser más que un niño, lo cual supone un manifiesto anacronismo.

Finalmente, el típico personaje «no invitado» recibe en nuestra obra el nombre de Amebeo, un citarodo altamente cualificado en cuestiones musicales, que con su irrupción, fiel a la tradición inaugurada por Platón, introduce un nuevo tema.⁷⁴

8. Hemos visto, pues, sin ánimo de agotar todos los aspectos tratados y cansar al lector con prolijidad de citas y notas, en qué medida Ateneo se hacía eco de la tradición simposial; por una parte, explícitamente, al recoger noticias de numerosas obras sobre *συμπόσια* y *δειπνα*; por otra, al estructurar y disponer los elementos del banquete, elegir sus personajes y establecer el contexto dramático que da unidad al conjunto de su obra.

Finalmente, *Deipnosophistai* constituye, en realidad, una auténtica enciclopedia simposial, en la que el gramático transcribe noticias, comentarios y pasajes que tienen que ver con los muchos aspectos que formaban parte tanto del momento de la cena como del *πότος*.

Resultaría prolijo e innecesario hacer aquí una exposición completa de los contenidos y motivos de los quince libros de la obra que nos ocupa, de los que ya se ha hecho en muchos casos mención.⁷⁵ Según J. Martin,⁷⁶ la ordenación del material en la obra que nos ocupa obedece al desarrollo de un banquete tal como lo concibió Ateneo.

De acuerdo con ello, terminada, pues, la parte dedicada a cuestiones relativas a los *συμπόσια* áticos y persas, comienza propiamente en el libro VI la cena, que abarca hasta mediados del libro X. El momento del *πότος* comenzaría sobre la segunda mitad del libro X y abarcaría hasta el final de la obra. Es en estos libros finales donde Ateneo acumula la mayor cantidad de temas, motivos y materiales. El libro XIII, subtítulo *Sobre las mujeres*, constituye en realidad un *ἔρωτικὸς λόγος*, es decir un tratado sobre la naturaleza de Eros y los múltiples aspectos relacionados con el amor; Ateneo, pues, recoge una vez más uno de los temas simposiales por antonomasia. El XIV tiene como tema central la música y los bailes. Finalmente, el libro XV trata de juegos, guirnaldas, perfumes y brindis, y, como es sabido, constituye la fuente más importante en la transmisión de escolios áticos.⁷⁷

71 Baldwin (*art. cit.*, pp. 31 ss.) propone como alternativa más probable que se trate del padre del jurista.

72 Véase nota 45.

73 Cf. XIII 610 d. Es más, Ch. B. Gulick, en su edición y traducción inglesa del texto de Ateneo, ha visto en el tesalio Mírtilo, colocado junto a Cinulco, una nota que intensifica «*the satirical and Menippean colour of Athenaeus's work*».

74 Cf. XIV 622 d - 623 d.

75 Una relación completa de los temas puede leerse en Wentzel, s.v. «*Athenaios*», *Real-Encyclopädie Pauly-Wissowa*, II 2, cc. 2028 ss.

76 *Op. cit.* p. 274. De opinión muy contraria es Mengis (*op. cit.*, pp. 3-7).

77 Cf. 692 f- 693 f.

Así pues, *Deipnosophistai* o *La cena de los eruditos* no es, como a menudo puede leerse en los manuales al uso, una mera acumulación de erudición, torpemente estructurada en una totalidad cuyo valor literario apenas merece interés. La obra de Ateneo es, antes bien, como recientemente ha señalado A. Lukinovich,⁷⁸ la recreación de un banquete, que se convierte en una verdadera enciclopedia simposial, con dos niveles: el banquete como contexto para el discurso y el discurso como tema del banquete.

En efecto, Ateneo no es un mero recopilador de información, tan sólo obsesionado por este objetivo, que, sin duda, le interesaba sobremanera. Tampoco es simplemente un excelente conocedor de la literatura simposial, como creemos haber demostrado. Es, sobre todo, un γραμματικός, que conoce bien los más importantes elementos de la concepción clásica de la literatura: *poikilia* o «variedad», uso de la metáfora, y *mimesis* o «imitación»,⁷⁹ sobre los cuales no nos podemos detener aquí.

El συμπόσιον era ya desde época arcaica ocasión privilegiada para la creación y la ejecución literaria. Platón había hecho de esta institución un lugar apropiado para la exposición de discursos, entremezclados con breves intervenciones, e intercalando elementos de carácter dramático; es decir, con su *Banquete* el συμπόσιον se convierte de ocasión para la literatura en género literario. La intervención en el diálogo platónico de personajes como Aristófanes y Agatón, las alusiones literarias y los motivos tratados testimonian la consciencia literaria de Platón sobre la estrecha vinculación entre banquete y literatura.

Pues bien, de esa estrecha vinculación nace, fiel a una tradición de muchos siglos, la obra de Ateneo. Por decirlo con las mismas y ajustadas palabras de A. Lukinovich,⁸⁰ «*the close relation of the symposium with literature has created a literature which turns the symposium itself (enlarged to include the deipnon) into a metaphor, and consequently into a key for its understanding.*»

El epítome de *Deipnosophistai* constituye un valioso testimonio de cuanto decimos, cuando afirma: «*El plan del discurso es imitación de lo prolijo del deipnon, y la ordenación del libro de la preparación del deipnon. De tal naturaleza es el muy delicioso banquete literario que introduce ese admirable administrador, Ateneo, y, llegando a ser superior a sí mismo, como los oradores griegos, es desbordado por el ardor de su discurso y pasa gradualmente a momentos posteriores de su libro.*» (I 1 b-c).

La obra de Ateneo, pues, refleja bien los parámetros culturales y literarios de una época que no era menos fiel a la tradición que cualquier otra época de la literatura griega y romana, pero que reconocía, ciertamente, los modelos como ya insuperables, y que, aún refugiándose en la erudición y en la retórica, no por ello había renunciado a la creación como esencia misma de lo literario.

78 Véase «The Play of Reflections between Literary Form and the Symptotic Theme in the *Deipnosophistai* of Athenaeus», *A Symposium on the Symposium* (ed. Oswyn Murray), Oxford, 1990, pp. 263-271.

79 *Ibidem*, p. 266.

80 *Ibidem*, p. 271.